

CAPITULO III.

PELIGRO INMINENTE.

— ¡Bravísimo! — exclamó el jovial banquero al invadir con sus huéspedes el comedor. — Mis órdenes se han cumplido perfectamente. Tenemos el té en la mesa, buenos sillones donde repantigarnos, y buena lumbre en la chimenea, que caldea la habitación y alegra la vista con sus juguetonas llamas y nutrido chisporroteo. Sentémonos pues *sans façon* como dicen los franceses. Soy enemigo de cumplimientos, y sentiria muchísimo que no se portáran ustedes con la misma franqueza que en su propia casa. ¡Viva la libertad! También se yo echarla de patriota cuando conviene, y sobre todo cuando no hay peligros que temer.

— Dice usted eso en tono de broma, señor don Fermin, — objetó el marqués; — pero no son pocos los patriotas que suelen seguir esa conducta.

— ¿Y no me cuenta usted en ese número? — repuso el banquero.

— No señor.

— ¿Cómo así?

— Bien sabe usted el peligro á que se espone, ocultando en su casa á dos conspiradores.

— Ríase usted de eso..... Ni ustedes ni yo tenemos aquí nada que temer, y apenas amanezca iré yo mismo á tranquilizar á sus familias, si ustedes me lo permiten; y si les parece que deba hacerlo ahora, les dejo aquí dueños de todos mis dominios y me voy de embajador á donde ustedes me manden.

— Dejemos que amanezca y que á la luz del día se despeje también algo la atmósfera política. Entonces obraremos con arreglo á las circunstancias.

— De todos modos — añadió don Anselmo — agradecemos á usted vivamente sus inmensas bondades.

— Aquí no hay bondad alguna de mi parte — dijo don Fermin. — Tengan ustedes en cuenta que estoy enteramente á sus órdenes, y sentiré un placer infinito en cumplirlas á medida de sus deseos.

Un criado que estaba de pié junto á la mesa, habíase retirado obedeciendo á un signo del dueño de la casa, el cual acababa de llenar las tazas, sentado entre sus huéspedes, y prosiguió:

— ¿Le gusta á usted con leche, señor marqués?

— Prefiero el té solo — respondió el preguntado.

— ¿Cómo solo?

— Quiero decir, sin leche; pero comeré una tostadita.

— Verá usted qué rica manteca. Legítima de Flándes. Los comerciantes tenemos la ventaja de poder elegir las mejores mercancías. ¿Y usted, señor de Godinez?

—Un poco de leche, ya que es usted tan amable.

—El azúcar, ustedes mismos. No hay azúcar mas pura en Madrid. Esta noche, amigos míos, es preciso hacer penitencia; pero en cambio empezará mañana mi cocinero á lucir su inteligencia en el arte culinario. Es toda una notabilidad de cocina. Le traje de París en uno de mis viajes, y estoy cierto de que en ninguna fonda de Madrid hay quien rivalice con sus habilidades alimenticias. Y ahora que me acuerdo, tiene para ustedes una gran recomendación, es mas republicano que Robespierre. Siempre cantando la marsellesa...

—¡Válgame Dios!....—repuso el marqués;—que siempre se haya de traer á colación el nombre de Robespierre cuando se habla de república! No parece sino que toda república haya de engendrar el terrorismo de los ominosos tiempos de la guillotina!

—Queda abierta la sesion—dijo el banquero.—Vamos á ver cómo me convence usted de que puede haber tranquilidad con un gobierno puramente democrático.

—Aparte usted la vista de la Francia de 1793, diríjala á los Estados-Unidos, y nada mas necesito para que se convenza usted de que la prosperidad del comercio no está reñida con el sistema republicano.

—Verdad es que los negocios mercantiles avanzan viento en popa en los Estados-Unidos.

—Lo mismo que las ciencias y las artes. Allí todo respira progreso y civilizacion.

—¿Y cree usted que la Francia consolide su república?

—Es imposible que en Francia se consolide gobierno alguno. Los franceses se aburren cuando pasan algunos años sin convulsiones políticas, y me temo que una reaccion desastrosa mancilla-

rá en breve la alta gloria que acaban de adquirir por haber iniciado la revolucion universal, que tarde ó temprano ha de dar la verdadera libertad á los pueblos. Tienen además los franceses un gran defecto: impresionables sobremanera por los héroes de su pais, se entusiasman en su presencia hasta el frenesí. Al solo nombre de Napoleon, por ejemplo, el pueblo francés sacrificó siempre sus convicciones; y cuando una nacion olvida los principios políticos para divinizar á un hombre, por sagrados que sean los derechos que este haya adquirido á la gratitud nacional, rebaja la soberanía del pueblo, cuya dignidad debe estar siempre á una altura inmensa, á que jamás deben llegar las frágiles individualidades.

—¿Y quisiera usted establecer la república en España?

—Yo no deseo mas que el triunfo de la Soberanía nacional. Cualquiera que fuera el gobierno que ella eligiese, le acataria y defenderia con todas mis fuerzas, como de una emanacion justa y sagrada, mientras no consumára la absurda abdicacion del poder supremo, porque el pueblo no debe ni puede renunciar jamás al ejercicio de su voluntad soberana. Esto solo, hace imposible la tiranía de los magnates.

—¿Y no es peor el despotismo de las turbas populares?

—El despotismo es detestable, sea quien fuere el poder que lo ejerza, y las leyes no deben consentirle.

—Pero en la opinion de usted ¿cuál es el mejor gobierno?

—En mi opinion, sin pretender por eso que prevalezca, hasta que la nacion le juzgue conveniente y le proclame, el mejor gobierno es el puramente democrático; y al calificarle de democrático, confieso que en mi torpeza no puedo concebir la amalgama del trono y la democrácia. Los reyes, á quienes sus

viles aduladores han hecho creer en esa ridícula soberanía de derecho divino, tienden siempre, y no es posible en ellos otra cosa, á ese supremo poder absoluto que les hace dueños de las vidas y haciendas de los demás hombres, á quienes apellidan sus vasallos. Cuando el pueblo, erigido en soberano, pone restricciones al rey, natural es que este solo ceda á lo imperioso de las circunstancias, y que haciéndolo de mal grado, alimente siempre el deseo de ir recobrando lo que interiormente juzga como inícuos despojos. *Marchemos, yo el primero por la senda constitucional*, dijo Fernando VII, y á la primera ocasion que se le presentó, ahorcó *al héroe de las Cabezas de San Juan*, al inmortal Riego. ¿Y por qué le fué tan fácil esta sangrienta reaccion? Porque, generalmente hablando, sin aludir á España ni á otra determinada nacion, el trono entre la democracia, es un eterno conspirador contra la misma, un conspirador poderoso, que con una sola sonrisa fascina á los que le rodean, que puede galardonar con altas recompensas á los que traten de complacerle, y que dispone del oro á manos llenas, porque el pueblo, cuyas masas sufren todo linage de privaciones y escaseces, vierte largos millones en el régio club, para premiar á los que remachan sus cadenas. Respóndame usted como comerciante: si una sociedad mercantil, pusiera al frente de ella, un personaje altivo que se creyera con derecho á apropiárselo todo, y á este hombre se le dieran todas las ganancias de la sociedad, para que la representase con suntuoso lujo, y se le nombrasen consejeros á quienes les seria fácil sobornar, y se le declarase además irresponsable de sus actos, ¿podria prometerse la sociedad muchas ventajas? ¿Seria bien hecho confiar en semejante hombre y darle además el título y las facultades de gefe de todos los socios?

—Eso seria un solemne desatino.

—Pues ese es el desatino de los que creen posible el ridículo maridage del rey y la democracia. Buscar tranquilidad, armonia, y todas las ventajas de un progreso ilustrado, con tan contrarios elementos, es una verdadera utópia que se empeñan en desconocer los políticos miopes, los que hacen un uso ya sobrado empalagoso de la citada palabra. Ellos califican de utópias los evangélicos principios de moralidad, de orden, de justicia y de fraternidad que forman las bases del sistema democrático; pero lo cierto es que la verdadera utópia solo existe en ese raquítico sistema en que los gobernantes, á guisa de volatines, han de marchar por la estrecha maroma del *justo medio*, con el balancin en las manos para conservarse en un equilibrio muy difícil.

—Sin embargo, personas ilustradas opinan que cabe muy bien la democracia en la monarquía.

—Será así... yo respeto las opiniones ajenas, y he dicho antes que en todos casos acataré lo que la Soberanía nacional juzgue mas conveniente; pero nadie tiene derecho á privarme de la emision de mis creencias, mientras respete y me sujete yo á las de la mayoría. Si la nacion quiere rey, y así lo establece en sus leyes, yo le acepto en obediencia á esas mismas leyes emanadas de la Soberanía nacional, pero mientras no se me convenza con sólidas argumentaciones de que es una amalgama ventajosa la de dos poderes supremos, la creeré de inminente peligro, y nadie puede impedirme que recele fatales consecuencias de tan encontradas aspiraciones. A los que dicen que cabe la democracia en la monarquía, les diria yo que una cosa mayor no cabe en la menor, y siendo la Soberanía nacional el símbolo de las doctrinas democráticas y la base de las instituciones, no puede reconocer otro poder mas alto.

—¿Y no cree usted que para establecer la democracia en una

nacion como la nuestra, en que por desgracia la ignorancia y la inmoralidad han echado hondas raices, es preciso moralizar antes al pueblo?

—El magnánimo pueblo español no es tan ignorante é inmoral como suponen aquellos á quienes conviene la continuacion de los abusos.

—Sin embargo, los periódicos anuncian todos los dias crímenes horrendos que se cometen en todas las provincias por la hez de la sociedad, y esto prueba el triste estado de barbárie...

—Lo que eso prueba —dijo el marqués interrumpiendo al banquero,—es que los impuestos que pesan sobre el pais para mantener el insultante lujo de los palacios, aumentan de dia en dia de una manera escandalosa la miseria pública. La inmensa multitud que con dificultad gana lo preciso para su alimento, vé que sus autoridades, en vez de cumplir la sagrada mision de vigilar por la prosperidad de sus subordinados, les arrebatan con violencia el premio de un trabajo penoso, el escaso fruto de sus acerbos sudores, y esto no puede menos de irritar los ánimos y producir la desesperacion y la holganza; y la holganza, el mal humor y la miseria son fecundos semilleros de todo linage de crímenes. Estos crímenes se reproducirán por las mismas causas, mientras no se ponga meta al cenagoso cauce que tiene su origen en los palacios. Esa es la verdadera gangrena que consume á la nacion, en tanto que los consejeros de la corona solo atienden á su interés privado mas que se hunda la pátria comun. La traicion está en su auge, las dilapidaciones á la órden del dia, se improvisan fortunas colosales, los ministros se prodigan recíprocamente títulos y condecoraciones. El ominoso club de la calle de las Rejas saquea al pueblo con escándalo inaudito. Se reparte el inmenso botín entre los bandidos de la

aristocrácia financiera; y mientras estos insultan con su boato y el estruendo de sus festines á las honradas clases proletarias, se vitupera solo la inmoralidad de los pobres! La inmoralidad que mata á los pueblos es la de los magnates, la de los gobiernos que conculcan las leyes, que califican de simple *cambio de domicilio* los destierros arbitrarios, y aplican una mordaza contra la libre emision del pensamiento, para que nadie pregone tantas iniquidades, mientras plumas mercenarias, sumisas al oro que las mueve, queman incienso ante las aras del orgullo y de la prostitucion. Empecemos por moralizar á los gobernantes, y la moralidad se extenderá rápidamente por todas las clases del Estado.

—¿Y por qué juzga usted que la democrácia es el gobierno mas ventajoso?

—Porque es el mas justo, el mas sencillo, y sobre todo, el mas barato. El pueblo español está sediento de reformas económicas, y únicamente la democrácia pura puede proporcionárselas de una manera pródiga que le facilite su eterno bienestar, del bienestar nace el sosiego, porque ningun pueblo se subleva cuando es feliz, y del sosiego, usted mismo lo ha dicho, nace la prosperidad del comercio, ciencias y artes.

—No cabe duda en que el grito de economías es unánime en la Península, ¿pero cuáles son las reformas que podrian acallarle?

—La supresion de los derechos de puertas y de consumos, y el desestanco del tabaco y de la sal, producirian grandes ventajas, porque se viviria mas económicamente en las ciudades, se venderian con mas facilidad los frutos de los propietarios de los campos, y con el producto de la venta de los establecimientos destinados á las rentas estancadas y el ahorro de una inmensidad de sueldos, obtendria el gobierno una indemnizacion de importancia; el licen-

ciamiento del ejército, produciría no solo un ahorro de trescientos quince millones, sino la prosperidad de la agricultura, y las bendiciones de todos los padres á quienes se hace pagar este cruel tributo, que con tan horrible exactitud se califica de *contribucion de sangre*. La Milicia nacional, y si conviniera una creacion de fuerzas de voluntarios provinciales, defenderian con entusiasmo un sistema que tan grato les seria. Tambien debe abolirse por inhumano y ruinoso, ese juego de azar llamado *loterías* en que el banquero gana siempre la cuarta parte de los millones que los jugadores desembolsan. Mucho podria reducirse tambien la contribucion directa, y suprimir el derecho del papel extranjero. Lo primero se recibiria con aplauso por todas las clases de la sociedad, y lo segundo haria florecer el ramo de libreria, siempre que se quitáran las trabas de la imprenta, que es la institucion salvadora de la libertad. Creo que con estas y otras muchas reformas análogas, que solo pueden emanar de la democracia, veriamos á la España tan feliz y floreciente como á la Suiza y los Estados- Unidos.

— ¡Bravísimo!... Como estemos juntos algunos dias, me parece que va usted á convertirme en republicano. Lo malo es que la voz república espanta á todo el mundo. Se cree vulgarmente que autoriza la poligamia... que anula los matrimonios y ataca directamente á la religion.

— Son calumnias de los que están interesados en que el pueblo permanezca ciego é ignorante. Solo de este modo pueden esclavizarle y usurparle su soberanía. El mas ardiente demócrata ha sido Dios. El mas sublime código republicano los Santos Evangelios. La moralidad hija de la religion, la paz hija del buen gobierno, y la fraternidad que recomendaban los apóstoles, son las bases del sistema salvador, que venciendo cuantos diques oponga la tiranía á su

curso, se estenderá en torrentes vivificadores por todos los ángulos del universo.

— Magnífico — exclamó batiendo las palmas el comerciante. — Me declaro vencido.... Pero — contemplando á don Anselmo que está meditabundo sin tomar el té — extraño mucho que su amigo de usted no se entusiasme como yo al oír tan bellas cosas.

— Estaba en este momento distraido — alegó don Anselmo.

— ¡Distraido! — exclamó el marqués con sobresalto. — ¿En qué piensa usted, mi querido padre?

— Pienso en mi esposa y en mis hijos, en esos tiernos objetos que nos son tan queridos á los dos.

— Tranquílcese usted; voy en este momento á escribirles largamente. Mañana tendremos el gusto de abrazarles.

— No espero tanta dicha, hijo mio.

— ¿Qué dice usted?

— ¡Qué sé yo!... un negro presentimiento acibara mi corazon. Me parece que no he de verles mas.

— Por Dios, no hable usted de ese modo — exclamó con amargura el marqués.

— Mañana á primera hora — dijo el dueño de la casa — les traigo á ustedes toda su familia. — Y dirigiéndose al marqués, añadió: — Venga usted conmigo á mi despacho, donde escribirá usted cómodamente.

— Necesito un buen rato; porque se me ocurren tantas cosas... La carta será muy larga.... y despues añadirá en ella mi buen padre lo que guste.

— Perfectamente — repuso el banquero. — No olvide usted prevenir á su esposa, que el dador lleva orden de traer acá á toda la familia para que tome posesion de esta su casa, y se establezca e

ella hasta nueva orden. ¡Qué gusto!.... verme otra vez rodeado de personas queridas!.... La mujer de usted, marqués, me recordará la belleza, la amabilidad y talento de la de mi hermano. ¿Tiene usted hijos?

— Dos tengo, una niña de muy corta edad, y un muchacho que cumplió diez años en diciembre.

— Me parecerá acariciar á los hijos de mi hermano.

— Siento mucho, señor don Fermin, no poder complacer á usted en este punto. Si viniera aquí toda nuestra familia, no tardaría en descubrirse nuestro paradero, y supongo que no querrá usted semejante contratiempo.

— Eso no, de ninguna manera... Lo mas urgente es que ustedes se salven.

— Pues bien, con que venga mañana mi esposa en compañía de su madre... solo un rato para vernos... para que se cercioren de lo bien y de lo seguros que estamos aquí, se logra todo el objeto. Luego se vuelven tranquilas y contentas á sus quehaceres domésticos.

— Como usted guste, amigo mio; — repuso el comerciante. — Yo solo deseo aquello que á ustedes mas les convenga. Vamos, vamos á mi despacho. — Y dirigiéndose á don Anselmo — usted se sienta junto á la chimenea, yo vuelvo inmediatamente y nos fumaremos un rico veguero cada uno en sabrosa conversacion. Cuando la carta del marqués esté lista, me encargo yo de ella y de todo lo demás, y ustedes se retirarán á descansar sin el menor recelo.

Quedóse un momento solo don Anselmo abismado en tristes meditaciones, hasta que le hizo volver en sí el regreso del servicial dueño de la casa.

— ¡Qué bueno es el marqués de Bellaflor! — exclamó al reapar-

recer el banquero. Luego añadió en tono festivo: — No creia yo simpatizar tan fácilmente con un revolucionario. Luego dirán que los demócratas son gente perdida.... pescadores de rio revuelto.... ¿Querrá usted creer que le quiero como si fuera hijo mio?

— ¡Si conociera usted tan de cerca como yo sus grandes virtudes!... — respondió don Anselmo.

— He oido hablar mil veces de sus bellas prendas, de su gran talento.... y eso que sus opiniones políticas le han proporcionado muchos enemigos; pero hasta sus contrarios respetan sus probidad. No puede usted formarse una idea exacta del inmenso placer que siento al considerar que han elegido ustedes mi casa para puerto de salvacion.

— ¿Y cree usted que nos hemos salvado? — preguntó misteriosamente don Anselmo.

— ¡Oh! de seguro — respondió el banquero.

— Esa seguridad es hija de los buenos deseos de usted. Me he visto en mil peligros y he sabido arrostrarlos todos con la mayor calma... y hasta me complacia en ellos, de modo que por mi temeridad solian llamarme en mi juventud *el Arrojado*. ¿Lo creerá usted? hoy tengo miedo.

— ¡Miedo!

— No es el deshonoroso miedo que amilana á los cobardes, el que avasalla en este momento mi corazon.... Es el miedo de un padre que recela perder para siempre á sus hijos. Es el miedo de un marido que ha perdido la esperanza de volver á estrechar en sus brazos á su esposa.

— ¿Pero en qué funda usted ese miedo?

— No lo sé.... un presentimiento fatal me atormenta. Tal vez porque no sirvo ya para nada... Soy un pobre viejo.

En este momento resonó un rúcio aldabazo dado á la puerta de le calle.

Despues de un amargo silencio en que nuestros interlocutores se cruzaron una mirada de asombro y de terror, exclamó con desesperacion don Anselmo:

—Nunca me engaña el corazon.

—Tal vez será algun amigo.... pero á estas horas.....—repuso pensativo el banquero.

—Señor,— balbuceó un criado presentándose azorado ante nuestros personajes.

—¿Qué sucede?—preguntó el banquero.

—Los que llaman...

—¿Quiénes son?

—Son de la policia.

—¿Lo sabes bien?

—Así lo ha contestado uno de ellos.

—¿Qué haremos ahora?—dijo el banquero.

—Si no se les abre pronto—repuso don Anselmo—se les da origen á sospechas y echarán la puerta abajo.

—Retírese usted en ese aposento—dijo el banquero.—Yo les recibiré cual se merecen.—Y dirigiéndose al criado, añadió:— abre la puerta.

Mientras esta inesperada ocurrencia hace inminente el peligro de nuestros héroes; ¿qué hace la interesante María? ¿Qué hace su cariñosa y anciana madre?

Nuestros lectores lo verán en el capítulo siguiente.



CAPITULO IV.

OTRO SUBLEVADO.

La familia del marqués de Bellaflor y la de don Anselmo Godinez vivian en distintos sitios de Madrid; pero como los jefes de ambas se hallaban comprometidos en la conspiracion á que en nuestro capítulo anterior hemos hecho referencia, todos los individuos de una y otra casa habian comido juntos en la del marqués, y la angelical María y su dignísima madre resolvieron no separarse un momento mientras durase la crítica posicion de sus respectivos esposos.

Estos denodados patriotas, bien fuese porque verdaderamente se hallasen animados de una confianza halagüena, fundada acaso en la discreta combinacion de sus planes, bien fuese que se esforzaran en manifestarlo así sin otro motivo que el de tranquilizar la natural zozobra de sus mujeres, habian procurado convencerlas